



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA PENTECOSTÉS DIOCESANO

25/V/2024.

Queridos hermanos:

Una semana después de haber celebrado Pentecostés en nuestras comunidades parroquiales, hoy lo hacemos como una gran familia, en torno al obispo y a los sacerdotes, en el marco del Jubileo Diocesano por la celebración del quinto centenario del nacimiento de San Benito, santo muy amado de nuestra diócesis.

En esta celebración serán admitidos a las Sagradas Órdenes Rómulo León, Ricardo Morillo y Víctor Suárez. Rezaremos, especialmente, por las vocaciones sacerdotales y religiosas. De igual forma iniciaremos, según nuestro Proyecto Diocesano de Pastoral, el Año de la Evangelización.

Les pido que confiemos, plenamente, en la palabra de Jesús, que nunca decepcionó a sus amigos: *“Todo lo que pidan al padre en mi nombre, Él lo concederá”* (Jn 14, 13).

Todas las lecturas de este día nos hablan del Espíritu Santo.

- La **primera lectura**, tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, relata el nacimiento y el desarrollo de las primeras comunidades cristianas, así como los conflictos internos y las dificultades en la predicación del Evangelio, dice San Lucas que el día de Pentecostés, día de acción de gracias a Dios por las cosechas del año y día en que recordaba la promulgación de la Ley dada por Dios en el Monte Sinaí, se convirtió en una fiesta de inmensa alegría, pues descendió sobre los apóstoles el Espíritu Santo con todos sus dones y frutos, con toda su divina fuerza y poder.

- Hemos cantado varias veces el **Salmo Responsorial** *“Envía, Señor, tu espíritu, y renovarás la faz de la tierra”*.

- **San Pablo**, en la segunda lectura, nos dice que es el Espíritu de Dios el que nos inspira en la oración, el que viene en auxilio de nuestra debilidad.

- Y Jesús, en el **Evangelio**, entrega a los apóstoles el don del Espíritu: *“Reciban el Espíritu Santo”*, y con él, el poder de perdonar los pecados. Estamos en este momento, repitiendo la misma escena de Pentecostés, somos una gran familia reunida con María, avivada por la efusión impetuosa del Espíritu, y dispuesta para la misión evangelizadora.

Y todo esto en el marco del quinto centenario del nacimiento de San Benito de Palermo, santo muy venerado en nuestra diócesis.

Todos los domingos, en el credo, decimos: “Creo en el Espíritu Santo”. Pero, ¿Qué significa cuando decimos “Creo en el Espíritu Santo”? El compendio del Catecismo de la Iglesia Católica dice: *“Creer en el Espíritu Santo es profesar la fe en la Tercera persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, y que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria. El Espíritu Santo*

“ha sido enviado en nuestros corazones” (Gal 4,6) a fin de que recibamos la nueva vida de hijos de Dios” (Compendio, 136).

El Espíritu Santo, por ser Dios, es eterno, divino, omnipotente y ha actuado en cada una de las etapas de la salvación con su acción poderosa:

- En la **etapa de la creación**, cuando Dios creaba todas las cosas de la nada, el *“Espíritu se cernía sobre las aguas”* (Gén 1, 2), dándole forma a tanto cuanto el Señor había creado.

- En la **etapa de la redención**, los santos evangelios nos revelan que la concepción del Hijo de Dios se obró a través del Espíritu Santo, y el “SÍ” amoroso y sencillo de María de Nazaret. El Arcángel San Gabriel, ante la pregunta de María *¿Cómo será esto si no conozco varón?*, responde: *“El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el niño santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios”* (Lc 1,34). Y en ese momento Dios se hizo hombre.

- En la **etapa de la Iglesia**, el día de Pentecostés, el Señor cumple las promesas contenidas en el libro del profeta Ezequiel: *“Les daré un corazón nuevo y pondré dentro de ustedes un Espíritu nuevo, pondré mi espíritu y haré que caminen según mis mandamientos”* (Ez 36,27); en el profeta Joel: *“Yo derramaré mi Espíritu sobre cualquier mortal, tus hijos y tus hijas profetizarán”* (Joel 3, 1); y Jesús recordó en la cena Pascual *“Cuando venga el protector, que les enviaré desde el Padre, por ser él, el Espíritu de verdad que procede del Padre, dará testimonio de mí”* (Jn 15, 26); *“Recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes y ustedes serán mis testigos”* (Hch 1, 8). De modo que es el Espíritu Santo el Dios con nosotros, el Señor en la tierra en la que vivimos, el legado del Padre y del Hijo para nosotros los que creemos en la Trinidad.

Queridos hermanos, nosotros pertenecemos a esta etapa de la Salvación. Estamos llenos de la fuerza de lo alto, del Espíritu Santo; y el Señor, a imitación de las primeras comunidades cristinas, nos pide que comuniquemos las maravillas que Él ha hecho en nuestras vidas y comunidades.

Nuestro querido Papa Francisco no se cansa de invitarnos a ser *“Evangelizadores con Espíritu... que se abran sin temor a la acción del Espíritu Santo”* (EG, 259), dispuestos a crear un modelo de Iglesia unida, sinodal, que acoge y no excluye; una Iglesia no autorreferencial y cerrada en la sacristía, anclada en el pasado, sino misionera: es decir, una Iglesia que con el Evangelio va al encuentro del hombre, no espera, sino va, anuncia a todos el amor misericordioso del Padre. Una Iglesia pobre y para los pobres, libre de la mundanidad espiritual, que quiere remediar todas las formas de pobreza que encontramos en la sociedad. Una iglesia que irradie la luz de ese Santo Espíritu en cada una de sus acciones, con el amor de Jesucristo y del Padre desbordando a los templos y llamando con bondad y paciencia a las almas al encuentro verdadero con Dios y su mensaje de salvación.

Para ser este tipo de Evangelizadores se necesita:

- Una fuerte **experiencia de Dios**. Pues la obra no es nuestra, sino del Señor. Para llevar a cabo la obra de la evangelización es necesario que el evangelizador se encuentre, en la oración y en los sacramentos, con el Señor; y para esto tiene que dedicar tiempo concreto para ello.

- El **gusto espiritual de ser pueblo**, amar al pueblo como Cristo lo ama “hasta dar su vida”. Ver a la gente como Cristo la ve: “con amor, con ojos de misericordia”.

- **Trabajar juntos**, de modo sinodal, como nos lo repite, incansablemente, el Papa Francisco. En nuestra misión evangelizadora debemos sumar y no restar; incorporar y no excluir; ser parte siempre de la solución y no del problema; unir y no dividir; en definitiva, ser semejantes al que nos envió en su Santo nombre.

La misión que nos encomienda la Iglesia supera nuestras fuerzas, pero no de las de aquel que nos insta, con ahínco, a evangelizar. Recordemos que *“Los árboles que crecen en lugares sombreados y libres de vientos, mientras que externamente se desarrollan con aspecto próspero se hacen blandos y fangosos; sin embargo, los árboles que viven en las cumbres, agitados por muchos vientos y constantemente expuestos a la intemperie, golpeados por fortísimas tempestades y cubiertos de frecuentes nieves, se hacen más robustos que el hierro”* (San Juan Crisóstomo).

Iniciamos esta nueva etapa de nuestro Plan Diocesano. Hemos escuchado en qué consiste, cuáles son las estrategias y qué objetivos queremos alcanzar. Les pido que pongan el máximo empeño en implementarlo en sus comunidades parroquiales. El Espíritu del Señor nos iluminará en los momentos de decisión, nos fortalecerá en los momentos de debilidad y siempre, siempre nos acompañará, pues así lo ha prometido.

Queridos seminaristas, que hoy serán admitidos a las Sagradas Órdenes: se están formando para ser sacerdotes, según el corazón de Cristo y de la Iglesia:

- **Lejos de ustedes debe estar el clericalismo**: creerse más que los laicos y acaparar acciones que a ellos le corresponden, ocasionando un gran daño al pueblo de Dios.

- **Nunca se olviden ni se avergüencen de sus orígenes humildes y pobres**, más bien, esto es un aliciente para trabajar en favor de los más necesitados; es muy triste comprobar que sacerdotes, cuyas familias son de bajos recursos económicos, aspiran a “parroquias buenas”, que identifican con las que tienen mejores entradas económicas. Se olvidan que para un sacerdote toda parroquia es buena, porque están compuesta por personas, que tienen dignidad y principios, que son hijos e hijas de Dios y cuyo valor es infinito, pues valen toda la sangre de Cristo, perfecto hombre y perfecto Dios.

- **No copien modelos de sacerdotes del pasado**: vivimos en otro contexto y tenemos que servir a la gente de hoy.

- **Aprovechen al máximo este tiempo de formación.** Tengan presente el consejo que una vez dio San Juan Pablo II a los seminaristas de Brasil: *“el hombre de Dios que ustedes deben ser en el futuro o se va gestando en este tiempo de seminario o no lo serán nunca”*.

- **Y amen inmensamente a la Virgen María y a San Benito de Palermo.** No se comprende que un sacerdote de la Diócesis no conozca la vida y obra de este gran santo, San Benito, no acompañe a los fieles que le rinden honor, y no haga, con paciencia y prudencia, lo que está de su parte para que el culto sea cada vez más concorde con la fe de la Iglesia.

Queridos jóvenes presentes aquí: déjense tocar por el Espíritu Santo. El Señor sigue poniendo en el corazón de los jóvenes la semilla de la vocación sacerdotal y religiosa. No tengan miedo. Respondan como los grandes personajes de la Biblia: *“habla, Señor, que tú hijo escucha”*. No digas *“soy un muchacho, no se hablar”*, *“no estoy seguro”*, *“tengo miedo a los compromisos”*, *“no sé qué dirán mis padres”*. Sean valientes como aquella joven de Nazaret, María, la madre de Jesús, tú mamá, y responde: *“He aquí la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra”*. *Y verás que nunca te arrepentirás*. **“¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo”** (Benedicto XVI).

En nombre del Padre, de su Hijo y del Espíritu Santo, les bendigo, paternalmente, en este día tan especial. Que así sea.

+ 
Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Caimas



Prot. 2024/121